FRANCISCO GARCÍA PACHECO y LUIS GRAJALES

LA DERROTA DE ANÍBAL

JUGUETE COMICO

en un acto y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1917

LA DERROTA DE ANÍBAL

LA DERROTA DE ANÍBAL

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO

ORIGINAL DE

FRANCISCO GARCÍA PACHECO y LUIS GRAJALES

Estrenado en el TEATRO INFANTA ISABEL de Madrid
el día 5 de Marzo de 1917



MADRID
R. Velasco Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.º
TELÉFONO, NÚMERO 551
1917

A Margarita y Emilio Díaz,

tan notables artistas como simpáticos amigos, los suyos verdaderos,

Pacheco y Grajales.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
—	—
LAURITA........................	Margarita Díaz.
DOÑA ROSARIO................	Pilar Pérez.
TERESA........................	Pilar Roig.
MELECIO........................	Emilio Díaz.
ANÍBAL GUERRERO..........	Pascual Sánchez Bort.
CIPRIANITO ESTRELLA........	Miguel de Llano.
EDUARDO GONZÁLEZ.........	Nicolás Navarro.

Dos Botones que no hablan

La acción en Madrid.—Época actual

Derecha e izquierda, las del actor

ACTO UNICO

Salita elegante. Puerta al foro. Primera derecha balcón. Segunda derecha y ambos términos izquierda, puertas. En el ángulo derecho un piano. Muebles de buen gusto.

ESCENA PRIMERA

DOÑA ROSARIO y DON ANÍBAL

Ella sentada en una butaca. El paseando furioso

ANÍBAL ¡Intolerable! ¡Inicuo! ¡Espantoso!

ROS. ¡Cálmate, Aníbal!

ANÍBAL ¡No puedo tener calma! ¡Brerr!

ROS. ¡No es para tanto!

ANÍBAL ¿Que no es para tanto? No excites más mis nervios, Rosario. Esto es preciso que concluya de una vez.

ROS. Sí, es preciso; ¿pero cómo?

ANÍBAL ¿Cómo? ¡Ya lo verás! No estoy dispuesto a que las locuras de una chiquilla, mal educada, destruya mis principios y costumbres. Hoy mismo la hago cambiar de modo de ser o sale de esta casa para siempre.

ROS. ¡Pero hombre, no te incomodes; acuérdate de que hoy cumplo años... y además, que Laurita no es mala.

ANIBAL Lo es. Esta casa, que siempre fué modelo de recogimiento y buenas costumbres, parece ahora un café cantante. Aquí no se oyen

más que gritos y risas y cantos, desde la noche a la mañana. ¡Intolerable! ¡Intolerable! La casa de Aníbal Guerrero, del bizarro militar que al frente de las tropas de don Carlos se batió como un león en las Vascongadas y Navarra, no puede convertirse ahora en un lodazal inmundo renegando de su tradición y de sus timbres.

ROS. Tienes razón, Aníbal; pero perdónala. Es huérfana, es hija de tu hermano. Se ve privada de la protección de su padre. Se ve privada del cariño de su madre.

ANÍBAL ¡Su madre! No me la recuerdes. En esta veo a su misma madre. Mi hermano, que era un loco, la conoció en Capellanes de tiple cómica y quiso casarse con ella. ¡Lo que luché para disuadirle! ¡Más que con los liberales! Mira, Gundemaro, le decía: no te cases, porque vas a ser desdichadísimo. El matrimonio es una cosa muy seria y ¿cómo quieres que lo tome en serio una tiple cómica? Pero se casó. ¡Ah! ¡Lo que son algunas mujeres! Aquella tiple, que siempre que tenía que dar un *fa* soltaba un gallo, el día de la boda dió un *sí* más limpio que una patena.

ROS. (Inocentemente.) ¿Os hizo calderón?

ANÍBAL ¡Nos hizo la pascua!

ROS. No te acalores, Aníbal.

ANÍBAL Esta hija ha heredado el carácter de la madre para trastornar nuestra casa. Hay que casarla con el hijo de mi camarada el coronel Estrella, que emigró a América y ha vuelto con un fortunón, o ponerla en medio de la calle.

ROS. En medio no, que la puede atropellar un tranvía.

ANÍBAL Menos mal que no he llegado a comprometer con el coronel mi palabra de honor, pues de lo contrario se casaría a la fuerza. Jamás he faltado a mi palabra.

ROS. Recapacita...

ANÍBAL El día que empeñe mi palabra de honor, se casará sin remedio.

LAUR. (Canta dentro.)

Dicen que la pastora
ya no va al río

porque el novio que tiene
salió al camino.

ANÍBAL ¡Repostería, qué canciones! ¿Ves qué poca vergüenza, Rosario? ¡Laura! Aquí en seguida.

ESCENA II

DICHOS y LAURITA, foro izquierda

LAUR. (Cantando.)
«Flor de romerc,
yo en el amor no creo ni he creído...»

(Hablando.) ¿Me llamabas, tío?

ANÍBAL Sí, señorita. Supuesto que usted no va a ningún espectáculo inculto, ¿dónde aprende usted esas canciones indignas?

LAUR. Me las enseña la doncella.

ANÍBAL Rosario, ajústale las cuentas a la doncella.

ROS. Repara que estamos a quince y hemos tenido trece en lo que va de mes.

ANÍBAL Tendremos ochenta: es igual. Y usted, señorita sobrina...

LAUR. ¡Oh! ¿Querido tío? ¿Pero me va usted a reñir? Y me trata de usted. No, jamás; no puedo consentirlo. Yo soy una muchachita y además su sobrina. Su sobrina amantísima que les quiere a ustedes mucho, muchísimo, y que no puede consentir que se la trate de usted De tú, de tú, siempre de tú.

ANÍBAL Bien, pero...

LAUR. (Sin dejarla meter baza y hablando muy deprisa.) Sé lo que va usted a decirme. Que el usted es solo porque estan ustedes enfadados conmigo. Pero, ¡ah, queridos tíos! Jamás pueden ustedes disgustarse conmigo, porque yo soy incapaz de causarles el más insignificante de los enojos.

ANÍBAL Bueno, mas...

LAUR. (Lo mismo.) Y si se lo causara yo misma, sabría inmediatamente, sin necesidad de que ustedes me lo advirtieran, castigarme mis malas acciones. Pero castigarme duramente, cruelmente, con un castigo superior a la fal-

ta, que la falta de enojarles a ustedes ya es por sí sola merecedora de todos los castigos. No, no me traten de usted, que esto me mortifica.

ROS. — Hombre, tratala de tú.

ANÍBAL — Si aunque quisiera tratarla de majestad no me deja. Mira, sobrina; yo debo decirte...

LAUR. — No diga usted más; lo he comprendido perfectamente. Va usted a decirme que soy una chiquilla loca, sin pizca de juicio y merecedora de una celda en Leganés, ¿no es eso? ¿Verdad que es eso lo que usted quería decirme? Pues dígamelo usted, no se detenga ni un momento más. Puede usted decírmelo, ya lo creo que puede usted decírmelo.

ANÍBAL — ¡Qué voy a poder!

ROS. — ¡Díselo!

ANÍBAL — Sí, señor: eres una loca y además...

LAUR. — ¡Basta! Ya lo he entendido; usted se explica perfectamente y yo le comprendo en seguida. Ya lo creo que lo comprendo. Pues no faltaba más, sino que no le comprendiera...

ANÍBAL — Si no....

LAUR. — Eso mismo es lo propio que yo quería decir, pero usted no me deja hablar.

ANÍBAL — ¡La mato! (Aníbal, que está furioso, desde el principio de la escena, sujeta a Laurita y la coloca un pañuelo sobre la boca para poder colocarle el discursillo.) ¡Vamos a ver si es posible! ¡Así! ¡Quieta! Usted es una loca y yo no estoy dispuesto a tolerar sus locuras. Es necesario que siente usted la cabeza y que se case con el hijo del coronel Estrella, admirable partido para usted. Este es mi *ultimatum;* en esta casa, honorabilísima y santa, no caben las perversas costumbres de usted; costumbres que yo estoy decidido a cortar por lo sano. Se casará usted o de lo contrario la arrojaré de este hogar. Esta es mi determinación, determinación imperturbable, irrevocable, natural, lógica, justa, equitativa, real y práctica. (En este momento separa la mano con el pañuelo de la boca de Laurita y ésta, al poder hablar, se lanza como una fiera al diccionario.)

LAUR. — ¡Perfectamente! Comprendido. Se explica usted perfectamente. Además, no tendrá us-

ted queja de mí, porque le he dejado decir todo lo que le ha dado la gana... Y su actitud no está motivada. No hay razón para ponerse así, querido tío, porque en ese caso yo tendré necesidad de creer que usted tiene un carácter muy áspero y esto no es posible, factible, lógico, razonado, equitativo, suave, tierno, familiar y cariñoso.

ANÍBAL ¡Qué torbellino! Yo me marcho porque estando yo aquí no dice adjetivos nadie más que yo. ¡¡Eres insoportable, intolerable, inaguantable, horrible, insufrible y aborrecible!! ¡Brerr!

(Mutis violentísimo, tropezando con alguna silla, y oyéndosele gritar hasta que llega al camerino.)

ESCENA III

LAURITA y DOÑA ROSARIO

ROS. Lo pones furioso, Laurita.

LAUR. Este recurso de no dejar meter baza, es admirable. No falla.

ROS. ¿Pero por qué le llevas la contraria? ¿Por qué desprecias al novio que te ha buscado? ¡Despreciar a un novio! ¿Tú sabes lo que es un novio en estos tiempos? Un novio es el caballero andante que viene a libertarnos de la odiosa prisión de la soltería. Me parece, Laurita, que no dudarás de la importancia de un novio, de esa crisálida de marido que tanto deseamos las mujeres y espero que no harás la chiquillada de echarlo todo a rodar.

LAUR. ¡Pero si yo no le quiero!

ROS. Eso es lo de menos, porque nos pasa a todas. ¿Tú crees que yo me casé enamorada? Sin embargo, ya has visto que vivo tranquila y feliz.

LAUR. Es que yo quiero casarme enamorada.

ROS. Esas son chiquilladas. El amor queda para ellos, que tienen el derecho de elegir. ¡Qué iba a ser de nosotras si no nos casáramos más que por amor!

LAUR. Tía, tus palabras me llenan de confusión. ¿No hay amor en el matrimonio?

Ros. Mirá, Laurita, hay muchas clases de amor. A los doce años es blanco y soñamos con angelitos de azahar y con corderitos de armiño, que es el color de la pureza; a los quince años los ojos de nuestra alma adquieren un brillo inusitado y todo lo ven como el oro; es el amor áureo, sublime, luminoso, como un sol de felicidad; y nuestros novios ideales son príncipes de guedejas rubias y espada refulgente; luego viene la edad en que todo se torna azul, que es el color de ese cielo, del que ya estamos todos en el secreto de que ni es cielo, ni es azul; y entonces pensamos en bizarros oficiales, cultos letrados y distinguidos doctores; después vienen los tiempos en que el amor es polícromo y los desengaños hacen que nos conformemos con un novio sin color ninguno, como si dijéramos, un mono hecho al lápiz.

Laur. Todo eso es fácil que sea cierto. Pero yo no puedo aceptar ese novio.

Ros. ¿Por qué?

Laur. Porque tengo otro.

Ros. ¿Cómo? ¿Tienes novio?

Laur. Del todo; sí, tía.

Ros. Pues habérselo confiado a tu tío.

Laur. ¡Cá! Eso sería un intento de suicidio, porque me tira por el balcón.

Ros. ¡Es posible!... ¿Y quién es ese novio?

Laur. Un muchacho muy simpático, ingeniero de minas. Vive ahí enfrente.

Ros. Si pudiéramos convencer a tu tío, pero a tu tío no le convence nadie. En fin, veremos. Voy a dar un vistazo a esas criadas. (Mutis foro.)

ESCENA IV

LAURITA

(Va al balcón.) No he podido asomarme. Si tú supieras... He tenido un disgusto muy grande... ¿Qué?... No, por Dios, no vengas... Es un compromiso, Eduardo... Pero, oye...

(Vuelve.) Y no me oye. Pues señor, estos hombres son la mar de arrebatados. No he hecho más que decirle que he tenido un disgusto y dice que ahora mismo viene para arreglarlo. Si conociera a mi tío no venía. (Va al foro.) ¡Teresa! ¡Teresa!

ESCENA V

LAURITA y TERESA foro

TER. ¿Llamaba usted, señorita?
LAUR. Salga usted a la escalera y no deje pasar al señorito Eduardo. Dígale que yo le escribiré luego.
TER. Está bien... (Mutis foro.)

ESCENA VI

LAURITA

Si le encuentra mi tío es un compromiso. Y con el humor que tiene hoy. Imposible. Ocurriría una catástrofe.

ESCENA VII

DICHA, TERESA y EDUARDO foro

EDU. (Entrando precipitadamente.) ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? ¿Qué sucede?
LAUR. ¡Pero Eduardo!
TER. Señorita. No me ha hecho caso. Me dió un empujón en el rellano y entró sin pedir permiso.
LAUR. Está bien; retírese usted.
(Mutis Teresa)

ESCENA VIII

LAURITA y EDUARDO

EDU. Vamos a ver, ¿qué pasa?
LAUR. Mi tío me ha presentado hoy su *ultimatum*. O me caso con el hijo del coronel Estrella o me planta en la calle.

EDU. ¡Mejor! Que te plante. Yo te trasplantaré.

LAUR. No, yo no puedo salir de aquí con escándalo. Saldré para casarme contigo y con consentimiento de mis tíos.

EDU. ¿Y cómo vas a conseguir eso?

LAUR. Ya veremos. Confío en que se me ocurra alguna idea luminosa. (Suena el timbre.) ¡Mi tío!

EDU. ¡Retimbre! ¿Qué hago yo?

LAUR. ¿Dónde te meto?

EDU. ¿Dónde me escondo?

LAUR. ¿Le tienes miedo?

EDU. Miedo, no, pero no tengo ahora ganas de saludar a nadie. Aquí me meto. (Por primera izquierda.)

LAUR. Ahí no, que es el tocador de mi tía.

EDU. Entonces allá. (Va hacia segunda izquierda.)

LAUR. Ahí menos, que es mi alcoba.

EDU. ¡Pues mejor!

LAUR. ¿Cómo mejor?

EDU. Sí, porque si me dan una paliza ya tengo donde acostarme.

LAUR. Ven por aquí y saldrás por la escalera de servicio.

(Van a hacer mutis foro izquierda cuando se oye a don Melecio.)

ESCENA IX

DICHOS y DON MELECIO

MEL. (Dentro.) Sí, ya sé, no te molestes.

LAUR. ¡Calla! No es mi tío; es el profesor de música.

EDU. ¡Recorchea! Pues me ha dado un susto de tres bemoles.

MEL. ¡Felices, Laurita! (Viendo a Eduardo.) ¡Alpiste! ¡Don Eduardo! ¿Cómo está usted aquí?

EDU. Un poco nervioso.

MEL. ¿Es que han tocado ustedes la fibra sensible al General?

LAUR. No sabe una palabra.

MEL. ¿Entonces a la Generala?

EDU. ¿A la Generala? Tampoco hemos dado ese toque.

LAUR. No hagas chistes musicales.

MEL. Al contrario, hágalos usted. Eso demuestra su amor a la música y me hace amigo de usted Hay que amar la música, porque la música lo es todo, lo expresa todo. ¿Qué es la vida?

EDU. Calderón dijo que era sueño.

MEL. ¿Calderón? ¡Música! Nada más que música. Verán ustedes. La vida desde la niñez a la juventud es una escala ascendente: (Cantando.) do, re, mí, fa, sol, la, sí, do; de la juventud a la vejez una es cala descendente: do, sí, la, sol, fa, mí, re, do. Hasta los treinta y cinco años *vivo;* desde los treinta y cinco en adelante *moderatto.* ¿Qué es el amor? Un acorde perfecto. ¿Qué son los besos? Tresillos, picados, fermatas y mordentes. ¿Qué es el noviazgo? Un compás de espera para el calderón matrimonial. ¿Y el matrimonio? El matrimonio no es otra cosa que *dos notas ligadas.* ¿Que entre ellas se mete la suegra? Pues diremos que ha entrado la *séptima dominante.* Y entonces empieza la escala acromática de las riñas; y el dolor del esposo que se las ve *negras*; y el llanto de la mujer que es en este caso la *sexta sensible.* Y como a partir de aquí, los disgustos son un *acorde de* sostenidos, no tiene el marido más remedio que dar el *sí* a todo o apelar a la *fuga,* porque no hay *bemoles* que resistan todo eso sin repartir *solfa* a un *seis por ocho,* o a un *dos por tres.*

EDU. ¡Bravo, Wagner! ¿Pero sabe usted lo que le digo? Que no estamos para músicas. Hay que salvar nuestro amor, nuestro amor que es fortísimo y cada día va en *crescendo.*

MEL. ¿Fortísimo y crescendo? ¿Lo ve usted? ¡Música!

LAUR. Pues pónganse ustedes sordina, porque si no nos van a oir.

MEL. Apianemos. Díganme lo que pasa.

LAUR. Mi tío me ha dado a elegir entre casarme con Ciprianito Estrella o salir de esta casa.

MEL. ¡Reflautín! Eso es un *ultimatum* calomardino. Pero no hay que asustarse. Si te he dicho trescientas cuarenta y siete veces que tú

reunes unas condiciones maravillosas para el teatro. Si quieres yo consigo que te contraten en seguida.

LAUR. Pero es el caso... (Después de dudar un momento.) Sí; tráigame usted el contrato.

EDU. Pero, Laura, ¿qué dices? ¿Tú cómica?

LAUR. Ahora te explicaré lo que me propongo. Mi tío y yo frente a frente. Ahora verá cómo soy capaz de defender mi vida. Ahora verá cómo es mentira que yo haya venido a esta casa, como él dice, a empañar el brillo de su nombre y la gloria de sus timbres. (Suena el timbre prolongadamente.)

MEL. ¡Alpiste! ¡El timbre!

EDU. ¡El general!

LAUR. ¡Mi tío!

MEL. Y traerá bastón. ¡Un solo de batuta! Esto sí que no es música.

EDU. ¿Qué hacemos?

MEL. Lo meteremos en el pjano.

LAUR. No. Esperad. ¡Teresa! ¡Teresa!

ESCENA X

DICHOS, TERESA por el foro

LAUR. Pronto. Acompaña al señorito Eduardo y que salga por la escalera de servicio.

TER. Vamos. (Mutis los dos.)

ESCENA XI

LAURITA y MELECIO

MEL. ¡Ay! ¡Respiro!

LAUR. ¿Tenía usted miedo?

MEL. Miedo, no. Depresión de ánimo nada más. Hay que conocer a tu tío. Es un tío de muy mal genio.

LAUR. Ahora ya puede usted estar tranquilo. ¡Ah! No se olvide usted de traerme luego ese contrato.

MEL. ¿De veras?
LAUR. Cosa decidida. No lo olvide usted.
MEL. Luego volveré; pero procura tener convencido a tu tío no sea que me rompa la partitura de un puntapié.

ESCENA XII

DICHOS y TERESA foro

TER. ¡Señorita! La escalera de servicio la cerró don Aníbal. He metido al señorito en la despensa.
MEL. ¡Hombre! ¡En la despensa! Voy a hacerle compañía.
LAUR. No; espere usted. ¿Has abierto?
TER. Sí. En el recibimiento espera don Ciprianito Estrella.
LAUR. ¡No era mi tío! Don Melecio, reciba usted a Ciprianito, porque yo no quiero verle. Y tú aprovecha la primera ocasión para que salga Eduardo.
TER. Está bien.
(Mutis Laura primera izquierda.)

ESCENA XIII

TERESA y MELECIO

TER. ¿Va usted a recibir a ese caballero?
MEL. Sí, preciosidad. Oye, ¿cuándo va a ser eso?
TER. ¿El qué?
MEL. Que me quieras un poco.
TER. ¿Le hace a usted mucha falta?
MEL. Más que comer de caliente.
TER. Pues tenga usted paciencia y tome turno.
MEL. ¡Ah! ¿Pero somos muchos?
TER. ¡Hay cola!
MEL. ¿Sí? ¡A ver si nos pegamos!
TER. No le dará tan fuerte. (Se acerca al foro.) Pase usted por aquí.

ESCENA XIV

TERESA, MELECIO y CIPRIANITO

Ciprianito viste exageradamente elegante: chaqué, botines, monocle, etc. Trae una preciosa caja de bombones. Es un tipo americano muy meloso

CIP. ¿Me quiere usted decir si se puede?

MEL. Del todo, sí, señor.

CIP. Pues entonces, penetro, no más.

MEL. ¡Caray, qué elegante! Este joven se ha escapado del catálogo de «El Aguila.»

CIP. ¿Cómo dice que le va, mi amigo?

MEL. Muy bien. ¿Y a usted?

CIP. Estoy buenecito, gracias. ¿Su señora está bien?

MEL. Soy soltero, joven.

CIP. ¡Ah, usted perdone! ¿Los niños buenos?

MEL. ¡Alpiste con el maniquí éste! Oye, Teresa, ¿cómo están los niños?

TER. ¿Qué niños?

MEL. ¡El señor te lo dirá!

TER. Bueno, ¿pero a quién aviso?

MEL. Espera un momento.

CIP. No se impaciente. Un poco de calmita. Yo nunca tengo prisa para nada.

MEL. ¿No? Pues siéntese usted, que nosotros tampoco. Eso de la prisa es música. (Ciprianito se sienta en una butaca y coloca la caja sobre las rodillas). ¡Preciosa caja!

CIP. Lindísima. Unos bombones para Laurita, verdaderamente deliciosos no más.

TER. (A Melecio.) Oiga usted, ¿aviso a la señora?

MEL. No avises a nadie. Hazme compañía.

TER. Qué más quisiera usted. Me voy a la cocina a ver si saco al señorito de la despensa.

MEL. Bueno, ¿pero el domingo saldrás conmigo?

TER. No, señor, que fuí un domingo con usted y no me convidó más que a una perra gorda de mojama.

MEL. ¡Soy muy salado!

TER. Lo que es usted es un roñoso.

MEL. ¡Roñoso! ¿Te gustan los bombones?

TER. Más que usted.
MEL. Espera. (Se acerca a Ciprianito y le coge la caja.) ¡Con permiso! (A Teresa.) ¡Toma!
CIP. ¡Pero cabayero!
MEL. A la cocina, y guárdame una docena.
TER. ¡Qué gracioso! ¡Ja, ja, ja! (Mutis Teresa.)

ESCENA XV

MELECIO y CIPRIANITO

CIP. ¿Pero y mi caja?
MEL. No se preocupe usted; todo eso es música.
CIP. ¡Qué va a ser música! Es chocolate.
MEL. Es lo mismo.
CIP. Transijo conque seais vos confianzudo, pero me tendrá que abonar su importe.
MEL. Con mucho gusto. ¿Cuánto vale?
CIP. Quinientas pesetas.
MEL. ¡Refusa! ¿De qué son los bombones?
CIP. Es que viene dentro la pulsera de pedida.
MEL. Hombre, esas cosas se avisan. ¡Ya decía yo que era música, como que va a ser sonada.
CIP. Me lo pagará usted. Si no le perjudico.
MEL. Sí, señor; pero siéntese usted, que ahora mismo vuelvo con el dinero. Ya sé que usted no tiene prisa para nada.
CIP. Iré entretanto a comprar otra caja, pero no meteré dentro la pulsera. Ahora mismo vuelvo. (Mutis foro.)
MEL. ¡Qué barbaridad! ¡Quinientas pesetas! ¡Y en mi casa creo que no hay arriba de noventa céntimos! Bueno, la pulsera se la quito a Teresa aunque se la haya puesto en un tobillo. (Mutis foro.)

ESCENA XVI

LAURITA y DOÑA ROSARIO primera izquierda

ROS. ¡Pero qué locura, hija mía!
LAUR. No he podido evitarlo, tiíta.
ROS. ¿Y dónde dices que está?
LAUR. En la despensa.

Ros. ¡Qué horror! Vamos a sacarle en seguida, no sea que venga tu tío.

Laur. Sí, vamos.

(Timbre.)

Ros. No vayamos. Espera, no sea que haya llegado Anibal.

Laur ¡Ay, tia! ¡Tengo un miedo horrible!

Ros. No te asustes, hija. Ya salvaremos la situacion.

(Se oye dentro a Anibal.)

Aníbal (Dentro.) ¡Siempre tardáis tres horas en abrir!

Ros. Tu tío; vete, que no te vea ahora.

Laur. Sálvame, tiíta.

Ros. ¡Vete! ¡Vete!

(Mutis Laura izquierda.)

ESCENA XVII

DOÑA ROSARIO y ANÍBAL

Aníbal (Entrando, foro.) ¡Brerrr! ¡Qué criadas! ¡Qué peste de criadas! ¡Despáchala, Rosario!

Ros. ¿Pero qué ha hecho?

Aníbal Preguntar quién era antes de abrir. Las criadas deben conocer a sus amos desde que entran en el portal. ¿Ha venido alguien?

Ros. No.

Aníbal ¿Cómo? ¿No ha venido el hijo de mi amigo Estrella?

Ros. No.

Aníbal Es extraño. Pero en fin, no tardará mucho.

Ros. Aníbal. ¿Has pensado bien lo que vas a hacer? Mira que es un crimen casar a una muchacha contra su voluntad.

Aníbal Las muchachas siempre tienen voluntad de casarse.

Ros. Con el que ellas quieren.

Aníbal Con el que pueden. El caso es casarse.

Ros. Laurita no piensa lo mismo.

Aníbal ¡Un muchacho inmensamente rico! ¡Y de tan buena familia!

Ros. Pero si ella no le quiere...

Aníbal ¿Tú crees que el cariño entra de golpe como un balazo? No seas tonta. Cuando lleven

ocho años de matrimonio ya verás cómo le quiere.

ROS. Según tu teoría, tú deberías quererme mucho.

ANÍBAL Y te quiero.

ROS. Pues no se conoce.

ANÍBAL ¿Por qué?

ROS. Porque hoy es mi cumpleaños y no me has obsequiado ni siquiera con un bouquet.

ANÍBAL Es verdad. Si es que no sé dónde tengo la cabeza.

ROS. En el mismo sitio de siempre.

ANÍBAL Sí, es verdad, pero estoy muy preocupado. Bueno, ya te regalaré una sortija... el año que viene.

ROS. Bien, pero te exijo que no tuerzas la voluntad de Laurita.

ANÍBAL ¡Imposible! Casándola salvo el nombre y la historia de la familia.

ESCENA XVIII

DICHOS y CIPRIANITO, foro, con otra caja de bombones

CIP. ¿Me quiere usted decir si se puede?

ANÍBAL ¡Caramba! ¡Ciprianito! Pasa, hombre, pasa.

CIP. ¡Con permiso! ¿Cómo dise que le va?

ANÍBAL ¡Tan bravamente! ¿Y tú?

CIP. Estoy buenesito, no más. ¿Cómo dise que le va, mi señora doña Rosario?

ROS. Me va muy bien.

ANÍBAL ¿Que llevas ahí? (Por la caja.)

CIP. (Escondiendo la caja.) Unos bombones, nada, no tiene importancia.

ANÍBAL ¿Has visto, Rosario, que muchacho más atento?

CIP. Muchas gracias.

ANÍBAL ¡Qué gracias! ¡Es justicia! ¡Ya ves! Acordarse mejor que yo de que hoy era tu cumpleaños.

CIP. ¡Don Aníbal, si yo...!

ANÍBAL ¡Vamos! No me des explicaciones. Un obsequio a una señora lo agradece la señora y el esposo.

CIP. Es el caso que...

ANÍBAL No seas tan excesivamente delicado. (Le quita la caja.) Toma, Rosario.

ROS. Muchas gracias. ¿Por qué se ha molestado usted?

CIP. No era molestia. Lo hacía con mucho gusto.

ANÍBAL Siéntate un momento. Voy a buscar unos cigarros y una botellita de cogñac. Rosario, avisa a la niña que está aquí Ciprianito.

ROS. ¡Con su permiso! (Mutis izquierda)

ANÍBAL ¡Ahora verás qué habanos! (Mutis derecha.)

ESCENA XIX

CIPRIANITO

(Pausa.) ¡Y van dos! ¡Menos mal que esta no me ha costado más que ocho setenta y cinco! Bueno, yo para hablar con la niña preciso endulzarle la existencia. ¡Voy por otra caja, no más!

ESCENA XX

LAURITA, por la izquierda

Entra con la cabeza baja sin querer mirar a quien supone está en escena

¡Caballero! (Pausa.) (¿Será sordo?) ¡Caballero! (Mira en derredor.) ¡Ah! Pues no está. ¿Dónde se habrá metido?

ESCENA XXI

LAURITA y MELECIO, foro

LAUR. ¡Caballero!

MEL. ¡Qué respetuosa te has vuelto?

LAUR. ¿Pero es usted?

MEL. ¿Quién iba a ser?

LAUR. Me dijo mi tío que estaba aquí Ciprianito.

MEL. ¡Se habrá ido!

LAUR. ¿Lo ha encontrado usted en la escalera?

MEL. No. Yo vengo de la cocina, cuando llegué estaban aquí tus tíos, y no quise entrar.

LAUR. ¿Y Eduardo?

MEL. Bueno, gracias. En la despensa.

LAUR. ¡Qué rato estará pasando!

MEL. Yo le he dicho que aprovechara el tiempo y liquidase un queso de bola que hay allí. No te preocupes. Todo eso es música.

LAUR. ¡Qué situación!

MEL. La tuya está salvada. Arreglé tu contrato. ¡Qué gran tiple vas a ser! Debutas cuando quieras! ¡Oh! Será un debut sensacional.

LAUR. ¿Dónde debuto?

MEL. ¿Qué donde debuta? Pues ahí es nada. En Calahorra. Te van a aplaudir hasta los pimientos. Aquí está el compromiso. (Le da un pliego.)

ESCENA XXII

DICHOS y TERESA por la derecha, trayendo una bandeja sobre la que viene una botella de cognac, varias copas y una caja de cigarros

TER. Aquí está el cognac y los cigarros.

MEL. ¡Refusa! Muchas gracias. Déjalo ahí. (Lo deja Teresa y mutis foro.)

ESCENA XXIII

LAURITA y MELECIO

MEL. ¡Qué buena persona es este general Guerrero! (Laurita lee el contrato. Melecio se sirve tres copas de cognac consecutivas.) ¡Exquisito! ¡Reconfortante! Este Pedro Domecq es más admirable que Beethoven. (Coge varios cigarros y se los guarda. Luego otro que enciende. Le quita la sortija y se la pone en un dedo. Aspirando el cigarro.)

¡Desopilante! ¡Tampoco este Henry Clay es una majadería de caballero!

LAUR. ¡Conforme! ¡Conforme!

MEL. ¿Ah, pero tú fumas?

LAUR. No, hombre, que conforme con el contrato. Como mi tío no ceda, mañana salimos para Calahorra.

ESCENA XXIV

DICHOS y ANÍBAL, por la derecha

ANÍBAL Pues sí, Ciprianito...

MEL. ¡Felices, mi general!

(Aníbal repara en el cigarro de Melecio. Mira la caja, después coge a Melecio la mano para ver la sortija y al convencerse de que el cigarro pertenece a la caja se lo quita de la boca.)

ANÍBAL Caballero, es usted un sinvergüenza.

MEL. ¡Alpiste! ¿Qué dice usted?

ANÍBAL ¿Con permiso de quién se apodera usted de esos habanos?

MEL. Yo creí que me obsequiaba usted.

ANÍBAL ¡Señor profesor, es usted un miserable!

MEL. ¡Falso! El miserable lo será usted que me regatea un cigarro.

LAUR. Fuí yo quien le autoricé.

ANÍBAL ¿Y qué hace usted aquí a estas horas?

MEL. He venido a dar lección a Laurita.

ANÍBAL No es hora esta de lecciones. Y de hoy en adelante ninguna. No estoy para músicas.

LAUR. Lo mismo le he dicho yo.

ANÍBAL ¡Hombre! ¡Qué rareza!

LAUR. Porque después de la actitud de usted hace un rato yo he tomado una resolución.

ANÍBAL ¿Aceptas lo que te propuse?

LAUR. De ningún modo. Y como usted me dijo que o me casaba con su protegido o salía de esta casa, salgo de esta casa. Tengo aquí un contrato y me lanzo al teatro.

ANÍBAL ¡Rayos y centellas! ¡Al teatro! El apellido de mi hermano, el mío, en unos carteles de teatro... ¡Nunca! ¡Jamás! ¡Imposible!

LAUR. Es que yo...

ANÍBAL. Ahora hablo yo solo. ¿Pero usted cree que podemos llegar a tal cosa? ¿Usted cree que yo puedo consentirlo? ¿Usted ha imaginado quizás que yo iba a tolerarlo?

MEL. Es que el arte, la música..

ANÍBAL. ¡Silencio! (Melecio asustadísimo se esconde detrás del piano Aníbal pasea furioso.) ¡Su madre! ¡Es el retrato de su madre! ¡El teatro! ¡Imposible! Primero la asesinaré a usted, señora sobrina; primero lo descuartizo a usted, señor profesor.

(Melecio lanza un gemido penetrante.)

ESCENA XXV

DICHOS y ROSARIO, por la izquierda

ROS. ¿Qué ocurre? ¿Qué voces son estas?

ANÍBAL. ¡Ahí la tienes! Dice que se va de esta casa, que se dedica al teatro.

ROS. ¿Cómo?

LAUR. Sí, tía, todo antes de casarme a disgusto.

ANÍBAL. Pues que se case a gusto.

ROS. Eso quiere.

ANÍBAL. ¿Cómo?

ROS. Naturalmente. Quiere ella elegir el novio.

ANÍBAL. Pues que lo elija. Con tal de que sea una persona decente, que se case con el carbonero, si quiere.

LAUR. ¡Si eso fuese verdad!

ANÍBAL. Yo no tengo más que una palabra.

LAUR. Pues yo no tengo más que un novio.

ANÍBAL. Pues cásate con él.

LAUR. ¿Me da usted su palabra?

ANÍBAL. ¡Palabra de honor! Pero si me vuelves a hablar del teatro, te extrangulo.

LAUR. No, señor. Si yo no he pensado nunca dedicarme al teatro. Fué una jugarreta para arrancarle a usted esa palabra de honor.

ANÍBAL. ¡Me has derrotado! ¿Pero quien es ese novio?

LAUR. Ahora le va usted a conocer. ¡Teresa! Que venga el señorito Eduardo.

ANÍBAL ¿Cómo? ¿Pero estaba en la casa? ¡Esto es una emboscada!

ROS. No te sulfures. Vino a pedirte la mano de la niña.

ANÍBAL ¡Bueno! He caído prisionero.

MEL. (Asomándose por detrás del piano.) ¡Don Aníbal!

ANÍBAL ¿Qué?

MEL. Eso del descuartizamiento ha pasado de moda, ¿verdad?

ANÍBAL Sí, señor. Salga usted.

MEL. ¿De modo que ya no vamos a Calahorra?

LAUR. Ya no.

MEL. ¡Pobres pimientos! ¡Lo que lo van a sentir!

ESCENA XXVI

DICHOS y EDUARDO, foro

LAUR. Tío, mi novio. Eduardo González, ingeniero de minas.

ANÍBAL Tanto gusto.

EDU. El gusto es mío.

ANÍBAL ¡Bien! Conforme con la boda, mientras sea usted un buen muchacho.

EDU. Gracias, don Aníbal.

ESCENA XXVII

DICHOS, CIPRIANITO y dos BOTONES

Cada uno de los Botones lleva una bandeja con una enorme pila de cajas de bombones. Ciprianito una en la mano

CIP. ¿Me quiere usted desir si se puede?

MEL. ¡Adelante!

ANÍBAL ¿Pero dónde vas con ese catafalco?

CIP. Para que vayan ustedes eligiendo y no me dejen sin bombones para mi futura. Esta es para mi novia.

ANÍBAL Ciprianito, no hay nada de lo dicho.

CIP. ¿Cómo?

ANÍBAL Laurita se casa con este joven.

CIP. ¡Dios mío! ¡Después del despilfarro que he hecho! (A los Botones) Llevadse las cajas, lueguito. (Mutis los Botones.)

ANÍBAL Yo no quería, Ciprianito, pero me han derrotado.

CIP. Esto es una burla indigna. Se lo diré a papacito para que le pida cuentas de esa derrota.

MEL. Sí, hombre, vaya usted a su *papacito* y cuéntele la derrota de Aníbal.

(Telón.)

FIN DEL JUGUETE

Obras de Francisco G. Pacheco

Huéspedes tranquilos, sainete lírico en un acto y en prosa. (1) Estrenado en el teatro Martín.

El Tirano, zarzuela en un acto. (1) Estrenada en el teatro de la Zarzuela.

La poesía de la reja, apunte de sainete en un acto y en prosa. (1) Estrenado en el teatro Eslava.

Amores de aldea, comedia lírica en dos actos y cinco cuadros. (1) Estrenada en el teatro de la Zarzuela.

¡¡Abajo los solteros!!, fantasía cómico-lírica gubernamental, en prosa. (1) Estrenada en el teatro de Novedades.

La Giraldina, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa. (1) Estrenado en el teatro de Novedades.

Matrícula de honor, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa. (2) Estrenado en el teatro de Novedades.

El coloso de Rodas, aventura cómico-lírica en un acto y en prosa. (2) Estrenado en el teatro Martín.

La derrota de Aníbal, juguete cómico en un acto y en prosa. (2) Estrenado en el teatro Infanta Isabel.

---

(1) En colaboración con D. Juan G. Renovales.

(2) Idem id. con don Luis Grajales Lacalle.

Obras de Luis Grajales Lacalle

El mejor amigo... comedia lírica en un acto. Estrenada en el teatro de Novedades, de Valencia. (1)

Loca de atar, comedia en un acto. Estrenada en el teatro Grand Palais, de Valencia.

El fin de la tiranía, drama en cuatro actos. Estrenado en el teatro de la Princesa, de Valencia.

Mont-du-Midi, juguete cómico en un acto. Estrenado en el teatro de la Princesa, de Valencia.

La cuarta plana, sainete lírico en un acto. Estrenado en el teatro Barbieri, de Madrid. (2)

Matrícula de honor, juguete cómico-lírico en un acto. Estrenado en el teatro de Novedades, de Madrid. (3)

El coloso de Rodas, aventura cómico-lírica en un acto y en prosa. (3) Estrenado en el teatro Martín.

La derrota de Aníbal, juguete cómico en un acto y en prosa. (3) Estrenado en el teatro Infanta Isabel.

(1) En colaboración con D. Federico Trujillo.
(2) Idem con D. Enrique Bohorques.
(3) Idem con D. Francisco García Pacheco.



Precio: UNA peseta